

COLECCION REY DE BASTOS



COLECCION REY DE BASTOS

TÍTULOS PUBLICADOS

1. RICHARD DYER Y OTROS
CINE Y HOMOSEXUALIDAD
PRÓLOGO DE LLUÍS FERNÁNDEZ
2. SAIKAKU IHARA
HISTORIAS DE AMOR ENTRE SAMURAI
3. H. J. TULNER
MEMORIAS DE UN MÉDICO HOLANDÉS
HOMOSEXUAL
PRÓLOGO DE ALBERTO CARDÍN
4. COPI
LA GUERRA DE LAS MARIQUITAS
5. APOLLINAIRE
LAS ONCE MIL VERGAS
(4.ª EDICIÓN)
6. LLUÍS FERNÁNDEZ
DESIDERATA
(2.ª EDICIÓN)
7. EDWARD WESTERMACK
HISTORIA DEL MATRIMONIO
POSFACIO DE R. VALDÉS DEL TORO
8. RENÉ SCHERRER
LA PEDAGOGÍA PERVERTIDA
SOBRE LAS RELACIONES ENTRE
EDUCACIÓN Y SEXUALIDAD

RENÉ SCHÉRER

LA PEDAGOGÍA PERVERTIDA

Prólogo de Germán L. García

LAERTES, S.A. DE EDICIONES

Título original: *Emile perverti*
Traducción: Jerónimo Juan Mejía
Realización cubierta: Joan Redón,
sobre diseño de C. Hernando

© Editions Robert Laffont, 1974
© de esta edición: Laertes, S. A. de Ediciones, 1983
Montseny, 43, bajos. Barcelona-12
ISBN: 84-7584-024-8
Depósito legal: B. 19.636-1984
HUROPE, S.A., Recared, 2, Barcelona-5

Este libro de René Schérer, mediante los términos sexualidad y pedagogía, se propone sacudir la inercia de cierto campo y llamar la atención sobre algunos de sus momentos históricos. Se trata de la educación, de ese conjunto de doctrinas sobre el acto de transmisión del conocimiento y formación de los sujetos según lo que cada época y cada sociedad cree necesario.

Las palabras usadas para contar, a su vez, el arte de enseñar dependen siempre de una filosofía —aunque sea la del sentido común— y no configuran ninguna ciencia didáctica.

Si un término como persona puede vestir la apariencia de concepto, basta leer algo de Marcel Mauss para saber que se trata de una simple ilusión. ¿Cuáles son los vocablos fundamentales del campo de la educación? Términos de diferentes filosofías y psicologías, términos de diversos momentos de la teología. El Dictionary of Education (Mc Graw Hill, Toronto 1959) está compuesto por 25.000 vocablos. ¿Cómo hablar de las relaciones entre la educación y la sexualidad? Lo que este libro de René Schérer muestra es que la sexualidad no puede ser una materia, no puede introducirse en un programa. La educación sexual en la escuela es una respuesta, en nombre de los intereses de la familia, a fenómenos que escapan a su control: masturbación, prostitución, pornografía, perversión. El cebo suele ser, en los manuales

de este tipo, la superación de las diferencias entre hombres y mujeres, así como la promesa de una reducción de ese campo inquietante a una gimnasia saludable y bien informada. Educación en la familia, convertida por la escuela en educación para la familia: la sexualidad, entonces, queda reducida a la reproducción —con el agregado, como señuelo, de una sanción positiva sobre el placer.

El conocimiento que se llama educación sexual, nada puede decir del saber que causa el deseo. La educación sexual, hija de la emancipación naturalista del deseo pregonada desde el siglo XVIII, fracasa en la misma instauración de una psicopatología sexual en el siglo XIX. La sexualidad es natural... ¿por qué, entonces, es necesario educarla, curarla, etcétera?

Si bien la lectura que René Schérer hace del psicoanálisis tiene cierta ligereza, el autor no podrá negar que después de Sigmund Freud la sexualidad ha perdido su naturaleza al perder el objeto que estaría destinado a cada sexo: «Si el objeto de la última satisfacción —escribe Catherine Millot— está siempre ya perdido, ningún progresismo puede fundamentarse en los descubrimientos del psicoanálisis». Esta autora, en su libro Freud, anti-pedagogo, es exhaustiva en el estudio de las diferentes posiciones del psicoanálisis.

La educación sexual manifiesta un deseo de domesticar a la sexualidad, con la certeza paradójica de que la misma es natural.

La cultura, en tanto elabora ideales de universalidad se propone como naturaleza frente a la particularidad de cada sujeto. Pero ocurre que el conocimiento general no es el saber particular que se articula, para cada deseante, bajo la forma de un fantasma.

¿Qué fantasía causa el deseo del pedagogo? René Schérer universaliza su fantasma: la pederastía. Si el deseo no tiene un objeto determinado, tampoco es fácil demostrar que habría una naturaleza pederástica.

El psicoanálisis plantea la relación del sujeto, en tanto lo es del lenguaje, con el saber sobre el sexo.

Edipo no sabe lo que ha hecho, Hamlet sabe sobre la causa del crimen. Edipo no sabe y lo hace, Hamlet sabe y no lo hace. Es la diferencia. ¿Por qué Shakespeare no sería un educador? Es indudable que se trata de la sanción. Nada sanciona, nada cotiza, lo que se aprende en un teatro —exceptuando que uno se haga del oficio.

La educación sexual es el sexo en tanto evaluado y sancionado por la escuela: equilibrio entre placer y reproducción, con exclusión del resto. Pero nosotros hablamos de otra sexualidad, de una que se escribe con una S. Esta sexualidad, el saber que ella articula como fantasía, es irreductible a la sexualidad legitimada por la escuela. Esta sexualidad, en tanto reprimida, es la del propio pedagogo.

¿Por qué solo la pederastía y no el fantasma de concebir almas, mediante embarazos espirituales, para esos cuerpos nacidos del pecado? El pecado, eso no se borra con facilidad. El pecado es el goce de los padres.

El deseo de saber, domesticado por el conocimiento social, se encuentra excluido de la educación. Es lo que surge en las fallas, en la pérdida de información que informa de una pérdida.

El conocimiento adulto debería informarse en el saber del niño, en vez de querer imponerse como represión de ese saber.

Freud llamó a las actividades del niño «investigación sexual infantil». Y la palabra investigación no es usada con ironía, sino al contrario, puesto que siempre definió al conocimiento adulto como una formación secundaria que rechaza y/o metafórica el producto de esa primera interrogación del punto de encuentro entre el saber y el sexo.

Es por eso que lo que Michel Foucault llama voluntad de saber es la voluntad del conocimiento, voluntad de excluir el saber que habla en el fantasma como causa del deseo. Citemos a Foucault, en su Historia de la sexualidad: «La confesión difundió hasta muy lejos sus efectos: en la justicia, en la medicina, en la pedagogía, en las relaciones familiares, en las relaciones

amorosas, en el orden de lo más cotidiano, en los ritos más solemnes; se confiesan los crímenes, los pecados, los pensamientos y deseos, el pasado y los sueños, la infancia; se confiesan las enfermedades y las miserias; la gente se esfuerza en decir con la mayor exactitud lo más difícil de decir, y se confiesa en público y en privado, a padres, educadores, médicos, seres amados; y en el placer o la pena, uno se hace a sí mismo confesiones imposibles de hacer a otro, y con ellas escribe libros. La gente confiesa —o es forzada a confesar. Cuando la confesión no es espontánea, se la arranca; se la descubre en el alma o se la arranca al cuerpo. Desde la Edad Media, la tortura la acompaña como una sombra y la sostiene cuando se esquivo: negras mellizas. La más desarmada ternura, así como el más sangriento de los poderes, necesitan la confesión. El hombre, en Occidente, ha llegado a ser un animal de confesión».

La confesión se funda en la verdad como adecuación entre la palabra y la cosa (cualquiera sea está, sin excluir que sea una fantasía). A la inversa, la asociación libre del método de Sigmund Freud convierte en verdad a lo mismo que se dice. La verdad habla, da lo mismo que mienta. La verdad es el lugar donde se articula un saber, ese que se llama inconsciente. El que se confiesa sabe lo que dice y sabe a quién se lo dice: puede tasar el efecto antes de realizar la operación. El que asocia sabe más y menos de lo que dice y no sabe a quién se lo dice.

Es por eso que el intento de Michel Foucault de colocar el psicoanálisis dentro de la historia de la confesión adolece de la misma generalidad que otros intentos —yo los supongo fallidos— realizados por el autor. Que el deseo de Sigmund Freud sea el último argumento de la escansión que el psicoanálisis dice articular en lo referente a la historia del pensamiento, es algo que puede parecer patafísico. Seguramente lo es, dado que la patafísica daba tanto lugar al azar como a la causalidad delirante. La verdad, cuando habla a medias como le

corresponde, no se ocupa de su lugar en una clasificación académica: ella es el lugar inclasificable.

Después de la enseñanza de Jacques Lacan —de poco serviría aquí hacer un collar de citas— lo dicho sobre el sujeto y el objeto a lo largo de la historia, debe ser interrogado.

El objeto, como disyunción interna al sujeto, se libera de la noción de objetividad. Ahora, se trata de la objetividad.

¿Cómo constituye el objeto al sujeto?

El conocimiento objetivo —generalizable, universalizable— debe separarse del saber de la objetividad. ¿Cómo se articula ese saber? Se articula sólo en algo que se llama fantasma: lo que el sujeto sueña, fantasea, delira, etcétera, sabe su deseo en tanto causa perdida. Sigmund Freud habló, a propósito de este saber, de investigación sexual infantil. Un niño oficial —son sus palabras— acepta lo que el adulto dice sobre la sexualidad, pero mediante la escisión se prosigue la certeza clandestina producida por estas fantasías.

PEDAGOGÍA/PEDERASTÍA

Witold Gombrowicz en Ferdurke —una sátira mordaz sobre la pedagogía— escribe: «Quise gritar que no era un colegial, que había ocurrido una equivocación, salté para huir, pero algo me atrajo desde atrás cual un garfio y me clavó, y fui atrapado por mi cu... culito infantil, escolar». ¿Por qué el culito es escolar?

La educación efinteriana exigida por la madre constituye el nódulo de la educación general, por eso Witold Gombrowicz dice: «No hay nada mejor para un muchacho en edad escolar que una madre bien colocada detrás de un muro».

La mirada de la madre asiente este ser nombrado para —titulado, medido, etcétera—, puesto que el padre ya nombró al hijo en el acto mismo de darle un apellido. Entre el deseo de la madre y el deseo de los pedagogos,

se produce la doble operación de exclusión: la del nombre del padre y la del deseo del niño.

René Schérer, que intenta subvertir cualquier norma universal sobre la sexualidad, no explica por qué el deseo homosexual podría constituir un goce para ese culito. ¿Por qué el objeto homosexual sería más adecuado para la satisfacción que el objeto heterosexual? La argumentación se despliega como una mueca en un espejo.

La mentada relación entre pederastía y pedagogía supone el niño como causa del deseo. En efecto, tanto para los hombres como para las mujeres el niño —temido, buscado, rechazado— se encuentra implicado en el acto de la sexualidad.

Sade argumenta en alguna parte que los beneficios del coito anal comprenden una satisfactoria desaparición de la especie por falta de reproducción. ¿Qué se reproduce en el acto de la reproducción?

La escena de la que surgió ese producto —macho, hembra— que ahora vuelve a la cama. Cada uno entra como sujeto en una cama donde se repite el acto donde figuró como objeto —es obvio, antes de haber nacido.

Los estudios sobre la historia de la infancia —Ph. Ariés, Flandrin, etcétera— ponen de relieve una vez más que se trata de la manera en que los cuerpos se incorporan al discurso. Existe, entonces, una historia del síntoma.

¿De qué síntoma habla el psicoanálisis? El niño como muerte/inmortalidad de los padres. Los discursos sobre la muerte afectan los discursos sobre el niño: la reproducción enlaza la sexualidad y la muerte.

A la reproducción de los cuerpos en una cama, les sigue la reproducción de las almas en una escuela. La pedagogía está al servicio del narcisismo de los padres, trata de realizar el ideal de normalidad que ellos instauran sobre la exclusión de la particularidad de sus deseos.

La provocación de René Schérer quedaría sin efecto de no ser que apunta, sin explicitarlo, a este supuesto.

Las críticas de René Schérer al psicoanálisis se justifican por un efecto generalizado: el cierre de lo descubierto por un sutil pasaje de la descripción a la prescripción; del «pasa tal cosa» al «debe pasar tal cosa».

OTRA VUELTA DE TUERCA

La historia del psicoanálisis muestra que la cultura —el factor petit c, dice J. A. Miller— incide sobre la práctica que se realiza en su nombre.

La temprana traducción de Sigmund Freud al castellano, operación llevada a cabo en España por Luis López Ballesteros, se realizó bajo la aureola de un atentado laico contra los valores religiosos. Luego, se desarrolla un psicoanálisis comprometido con una psiquiatría biológica. Por último, una psicología dinámica obsesionada por la conducta.

Dentro de estas coordenadas el psicoanálisis de niños casi no existe, excluido por la alianza de la psicología con la pediatría.

Un libro como el que presentamos puede ser leído sobre el fondo de una confusión. De todas maneras, el malentendido existiría cualquiera fuera la difusión del psicoanálisis.

Sigmund Freud confió en una posible alianza entre el psicoanálisis y la pedagogía. Pero progresivamente abandonó esta ilusión: el saber que el niño elabora con sus fantasías dicen la verdad de su deseo, la educación sexual que se le quiere dar parte de la exclusión de ese saber. El adulto que constituye sus ideales —da lo mismo que esos ideales sean escandalosos— debería escuchar en el niño su deseo excluido, más que intentar introducir al niño en la monótona domesticación de su discurso.

¿Con qué objeto educar la sexualidad? Después de Jacques Lacan sabemos que el niño existe antes de haber nacido: buscado, evitado, temido —está en la causa de

LA PEDAGOGÍA PERVERTIDA

Sobre las relaciones entre educación
y sexualidad

la cópula—. Ese niño producto debe entrar en la producción (planificación de la natalidad, por ejemplo). Pero la producción no es el producto, sino que esta es la regulación del mercado de los cuerpos.

¿Es la educación sexual una materia? La materia, como se sabe, es maternal. La educación sexual es maternal, por eso no tiene nada de malo. Al contrario, el programa se ocupa de esta programación de las almas. Por suerte, la operación fracasa.

El conocimiento del coito no es el saber del goce. ¿Quién sabe del goce del niño? Su cuerpo, por eso el niño al hablar dice más de lo que sabe. René Schérer pone numerosos ejemplos. Agregaré uno: un niño le dice a su madre que en la escuela le explicaron el coito, que eso consiste en poner el pene del hombre en la pena de las mujeres. Solución de géneros, sin duda. Una pena, otra pena para el coño que es la misma pena. La pena, entre el castigo y la agonía no olvida el purgatorio —sabemos de las purgaciones— y tampoco la falta.

Si este libro de René Schérer provoca, no debemos olvidar que el neurótico pide prestado su fantasma al perverso y que a tientas siempre se desliza en la tentación. ¿Derecho al goce? El goce es un imperativo del que cada uno escapa por la regulación de su placer. El goce es lo imposible de soportar, de eso sólo puede caer un objeto como causa del deseo. Entonces, estaremos en lo imposible de decir. Límite de la palabra, de la educación, del sujeto. Límites.

GERMÁN LEOPOLDO GARCÍA
Barcelona, abril de 1984